

a una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aún es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

—Quédese eso del barbero a mi cargo—dijo Sancho—, y al de vuestra merced se quede el procurar venir a ser rey, y el hacerme conde.

—Así será—respondió Don Quijote.

Y alzando los ojos vió lo que se dirá en siguiente capítulo.

### CAPÍTULO XXII

*De la libertad que dió Don Quijote  
a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban  
donde no quisieran ir.*

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce y nunca imaginada historia, que después que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, Don Quijote alzó los ojos y vió que, por el camino que llevaba, venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos.

Venían asimismo con ellos tres hombres de a caballo y dos de a pie: uno de a caballo con escopeta de rueda, y los demás con dardos y espaldas; y así como Sancho Panza los vió, dijo:

—Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va a las galeras.

—¿Cómo gente forzada?—preguntó Don Quijote— ¿Es posible que el Rey haga fuerza a ninguna gente?

—No digo eso—respondió Sancho—, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al Rey en las galeras, de por fuerza.

—En resolución—replicó Don Quijote—, como quiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

—Así es—dijo Sancho.

—Pues desá manera—dijo su amo—, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir a los miserables.

—Advierta vuestra merced—dijo Sancho—que la justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa por que llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba a galeras; y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

—Con todo eso—replicó Don Quijote—, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a éstas, otras tales y tan comedidas razones, para moverlos a que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo:

—Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo éste de detenernos a sacarlas ni a lellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mismos, que ellos lo dirán, si quisieren: que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa.

El respondió que por enamorado.

—Por ¿eso no más?—replicó Don Quijote— Pues si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa—dijo el galeote—; que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que, a no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad; fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas?—preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras— respondió el galeote.

El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo:

—Este, señor, va por canario... digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo?—replicó Don Quijote— Por músicos y cantores, ¿van también a galeras?

—Sí, señor—respondió el galeote—; que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he oído yo decir—dijo Don Quijote—que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés—dijo el galeote—; que quien canta una vez, llora toda la vida.

—No lo entiendo— dijo Don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non sancta* al confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias; y por haber confesado, le condenaron por seis años a galeras, amén de docientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y acriminan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así—respondió Don Quijote.

El cual, pasando al tercero, preguntó lo que a los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo:

—Yo voy por cinco años a las señoras gurapas, por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana—dijo Don Quijote—por librarme de esa pesadumbre.

—Eso me parece—respondió el galeote—, como quien tiene dinero en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adónde comprar lo que ha menester; dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios grande; paciencia y basta.

Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, de edad treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta; una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo o pie

amigo, de la cual decendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado; de manera, que ni con las manos podía llegar a la boca, ni podía bajar la cabeza a llegar a las manos.

Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros.

Respondióle la guarda que porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

—¿Qué delitos puede tener—dijo Don Quijote—si no han merecido más pena que echarle a las galeras?

—Va por diez años—replicó la guarda—, que es como muerte civil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famosa Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor Comisario—dijo entonces el galeote—: váyase poco a poco, y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo; y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta a la redonda, y no hará poco.

—Hable con menos tono—replicó el Comisario—, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

—Bien parece—respondió el galeote—que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla o no.

Alzó la vara en alto el Comisario para dar a Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua; y volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades; todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que me salte con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo

profesar en él la Orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los meneterosos y oprimidos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y Comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradecer; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

—¡Donosa majadería!—respondió el Comisario—¡Bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que los dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

—Vos sois el gato y el rato y el bellaco—respondió Don Quijote.

Y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados.

Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir a los galeotes, que se desataban, ya por acometer a Don Quijote que los aguardaba, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte a la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado; y arremetiendo al Comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa Hermandad la cual a campana herida saldría a buscar los delincuentes; y así se lo dijo a su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.

—Bien está eso—dijo Don Quijote;—pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.



Comenzaron a llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con el adarga.

Y llamando a todos los galeotes, que andaban alborotados, y habían despojado al Comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:

—De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofenden es la ingratitud. Dígolo porque habéis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habéis recibido; en pago del cual quería, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envía a encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes a la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo:

—Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced; y ésta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra, pero pensar que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto, digo a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir a nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues, ¡voto a tal!—dijo Don Quijote (ya puesto en cólera)—don Ginesillo de Paropillo, o como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras!

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido, como el de querer darles libertad), viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros; y apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con el adarga, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escurar tan bien Don Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta

fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fué sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos; quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querrían quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gabán, dejándole en pelota; y repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían, que de cargarse de la cadena e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote: el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante tendido junto a su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos a quien tanto bien había hecho.

#### CAPÍTULO XXIII

*De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena: que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan*

Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo a su escudero:

—Siempre, Sancho, lo he oído decir: que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar desde aquí para adelante.

—Así escarmentará vuestra merced—respondió Sancho—, como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías; que no se le da a ella, por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedís; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.

—Naturalmente eres cobarde, Sancho—dijo Don Quijote—; pero, porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temas; mas ha de ser con una condición: que jamás, en vida ni en muerte, has de decir a nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo,

sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello; y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres; y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste, que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente a la Santa Hermandad, que dices que temes, sino a los hermanos de las doce tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Cástor y Pólux, y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor—respondió Sancho—, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja a las fuerzas, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarlo todo en un día; y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, o si no, yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.

Subió Don Quijote, sin replicarle más palabra; y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda, e ir a salir al Viso o a Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle a esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía, cosa que la juzgó a milagro, según fué lo que miraron y buscaron los galeotes.

Así como Don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele a la memoria los maravillosos acacimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes, e iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado; y así, iba tras su amo, sentado a la mujeriega sobre su jumento, sacando de su costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto, que estaba caído en el suelo, por lo cual se dió prisa a llegar a ayudarle, si fuese menester; y cuando llegó, fué a tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta

asida a él, medio podridos, o podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se apease a tomarlos; y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della, vió lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro. Y así como los vió, dijo:

—¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!

Y buscando más, halló un librito de memoria ricamente guarnecido; éste le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced; y desbaliando a la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa.

Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo:

—Páreceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, salteándole malandrines, le debieron de matar y le trujeron a enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso—respondió Sancho—, porque, si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

—Verdad dices—dijo Don Quijote—; y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrearlo, y venir en conocimiento de lo que deseamos.

En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella ni en el cojín que no buscase, escudriñase e inquietase, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por negligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento; y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algún principal enamorado, a

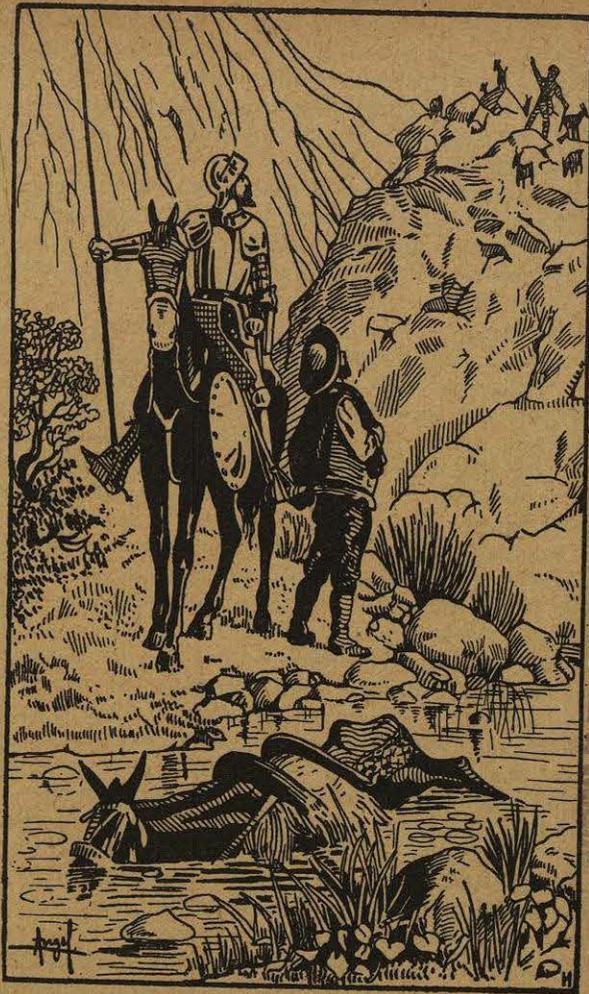
quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido a algún desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería (que era por donde él podía caminar), siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montaña que delante de los ojos se le ofrecía, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Figurósele que iba medio desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos le cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta; y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta; y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle; y así, mandó a Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta priesa se les había quitado de delante.

—No podré hacer eso—respondió Sancho—, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será—dijo el de la Triste Figura—; y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánimo del cuerpo; y vente ahora tras mí poco a poco o como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

A lo que Sancho respondió:

—Harto mejor sería no buscarle; porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera a tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.



Respondióle Sancho que bajase, que de todo le daría buena cuenta.

—Engañaste en eso, Sancho—respondió Don Quijote—; que ya que hemos caído en sospecha de tener el dueño casi delante, estamos obligados a buscarle y volvérselo; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que a mí se me quitará si le hallo.

Y así, picó a Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caída muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y a deshora, a su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió a gritos que quién les había traído por aquel lugar, pocas o ningunas veces pisado, sino de pies de cabras, o de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase; que de todo le darían buena cuenta.

Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo:

—Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues a buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí a su dueño?

—No hemos topado a nadie—respondió Don Quijote—, sino a un cojín y a una maletilla, que no lejos deste lugar hallamos.

—También la hallé yo—respondió el cabrero—; mas nunca la quise alzar ni llegar a ella, temeroso de algún desmán, y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta all hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mismo es lo que yo digo—respondió Sancho—; que también la hallé yo, y no quise llegar a ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba: que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre—dijo Don Quijote—: ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

—Lo que sabré yo decir—dijo el cabrero—, es, que habrá al pie de seis meses, poco más a menos, que llegó a una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes. Preguntónos que cuál parte

desta sierra era la más áspera y escondida; dijimosle que era ésta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis a salir, y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que a este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas, y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hacia la Sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que, desde allí a algunos días, salió al camino a uno de nuestros pastores, y sin decirle nada, se llegó a él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué a la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió a entrar en la Sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos a buscar casi dos días por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte, que apenas le conocimos; sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron a entender que era el que buscábamos. Saludónos cortésmente; y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía, para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Y estando en lo mejor de su plática, paró, enmudecióse y clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque, por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido; mas él nos dió a entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto a sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara a puñadas y a bocados; y todo esto hacía diciendo: «¡Ah, fementido Fernando! Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste; estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño»; y a éstas añadía otras razones, que todas se encaminaban a decir mal de aquel Fernando, y a tacharle de traidor y fementido. Quitámoste, pues, con no poca pesadumbre; y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros, y se embosó corriendo por entre estos jarales

y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venía a tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término a que le había conducido.

Quedó admirado Don Quijote de lo que al cabrero había oído, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenía pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció (por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban) el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado; sólo que, llegando cerca, vió Don Quijote que un colete hecho pedazos, que sobre sí traía, era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo a ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento; y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire, le fué a abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar el *Roto de la Mala Figura*, como a Don Quijote el de la *Triste*, después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí; y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verle a él: en resolución, el primero que habló después del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

## CAPÍTULO XXIV

*Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena.*

—Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en ése se quedará lo que fuere contando.

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él, con este seguro, comenzó desta manera:

—Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta

Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara a desearme: tal es la hermosura de Luscinda doncella tan noble y tan rica, como yo, pero de más ventura, y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se debía; a esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso a mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello; porque bien veían que cuando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella tanto el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado a negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto a los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negación añadir llama a llama y deseo a deseo; porque, aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las cuales con más libertad que las lenguas suelen dar a entender a quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida.

¡Ay, cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela a su padre por legítima esposa, como lo hice; a lo que él me respondió que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas; pero que, siendo mi padre vivo, a él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse a hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendría en ello como yo se lo dijese; y con este intento, luego en aquel mismo instante fui a decirle a mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual antes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: «Por esta carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo

tiene de hacerte merced.» Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía.

Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida, que a mí mesmo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde el Duque estaba; que quería que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba a cargo el ponerme en estado que correspondiese a la estimación en que me tenía. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía: «De aquí a dos días te partirás, Cardenio, a hacer la voluntad del Duque; y da gracias a Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces»: añadió a éstas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche a Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice a su padre, suplicándole se entretuviese algunos días, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me quería: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba; fui dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia a hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo; pero el que más se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir a todos; que, aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que don Fernando me quería y trataba. Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenía con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traía con un poco de desasosiego. Quería bien a una labradora vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia, ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora sedujeron a tal término los deseos de don Fernando, que se determinó a darle palabra de ser su esposo. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle, y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado, a no tener

encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venía; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que daría él al Duque, de que venía a ver y a feriar unos buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.

Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase; venimos a mi ciudad, recibióme mi padre como quien era, ví yo luego a Luscinda, tornaron a vivir (aunque no habían estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo a Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, a título que de la discreción de los dos gustaba mucho: acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en qué leer (de quien era ella muy arficionada), me escribió un billete diciéndome que la pidiese a mis padres por esposa, y lo puso, y lo halló luego don Fernando, dentro del libro, que era el de *Amadís de Gaula*...

No hubo bien oído Don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo:

—Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada a los libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda.

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, alzó un guijarro que halló junto a sí, y dió con él en los pechos tal golpe a Don Quijote, que le hizo caer de espalda. Sancho Panza, que de tal modo vió parar a su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él a sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy a su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y después que los tuvo a todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego a emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió a tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que a aquel hombre le tomaba a tiempos la locura; que si esto

supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó a replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

Decía Sancho, asido con el cabrero:

—Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura; que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo a mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano como hombre honrado.

—Así es—dijo Don Quijote—; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió a preguntar al cabrero si sería posible hallar a Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero había dicho, que no era saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle, o cuerdo o loco.

#### CAPÍTULO XXV

*Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo de la penitencia de Beltenebros.*

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir a lo que le tenía mandado: mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

—Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia

cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, peladillazos y puñadas; y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho—respondió Don Quijote—; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuando anduviéremos por estas sierras.

—Sea así—dijo Sancho—; hable yo ahora, que después, Dios sabe lo que será; y comenzando a gozar de ese salvo conducto, digo que ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando a un loco, al cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuesa merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

—Calla, te digo otra vez, Sancho—dijo Don Quijote—; porque te hago saber que no tanto me trae por estas partes el deseo de hallar el loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfeto y famoso a un andante aadallero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña?—preguntó Sancho Panza.

—No—respondió el de la Triste Figura—; puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia?—dijo Sancho.

—Sí—dijo Don Quijote—; porque si vuelves presto de donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes... No he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. ¡Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo! Porque se engañan, juro, cierto. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya